



Antropología Social

Imposturas, peligros “sanitarios” y estereotipos de clase. El *running* y la primera etapa de la pandemia en la Argentina (2020)

Impostures, “health” hazards and class stereotypes. Running and the first months of the pandemic in Argentina (2020)

Gastón Julián Gil

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar

Resumen

Como cualquier actividad en el contexto de la pandemia, el *running* experimentó en la Argentina fuertes impactos que no sólo se reducen a la interrupción abrupta de la actividad y de sus principales rituales de interacción que son las carreras. Además, los corredores fueron actores de notoria presencia en la agenda pública, sobre todo en los primeros meses de pandemia y el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). Ante la imposibilidad de practicar el *running* y algunas demandas de aperturas para “salir a correr” que tomaron estado público, circularon discursos que, además de reponer un habitual estereotipo negativo de la clase media, se fortalecieron con el agregado de que los corredores pasaron a ser definidos como una de las principales amenazas para la salud colectiva. En ese contexto se expresaron prejuicios, imposturas y estereotipaciones arraigadas con firmeza en el sentido común pero también en el discurso académico. Por ello es que en este artículo se exponen críticamente esos marcos analíticos y de interpretación que conducen a enfoques que simplifican y hasta moralizan los comportamientos colectivos, en este caso de la “clase media”.

Palabras clave: Clases medias; Estereotipos; Salud colectiva; Running; Etnografía.

Abstract

As any activity in the context of the pandemic, running in Argentina experienced strong impacts that are not only reduced to the abrupt interruption of the activity and its main interaction rituals, which are the races. In addition, runners were social actors of notorious presence in public agenda, especially in the first months of the pandemic and the Social, Preventive and Compulsory Isolation (ASPO). Their public demands “to go running” stimulated the circulation of discourses that reinstated a common negative stereotype of the Argentine middle class, with the addition that runners came to be defined as one of the main hazards to collective health. In this context, prejudices, impostures and stereotypes were expressed that were firmly embedded in common sense but also in academic discourse. This article therefore critically exposes those analytical and interpretative frameworks that lead to approaches that simplify and even moralize collective behavior, in this case that of the “middle class.”

Keyword: Middle classes; Stereotypes; Collective health; Running; Ethnography.

La pandemia y sus “demonios”

La pandemia de COVID-19 y los diversos modos en que los estados implementaron políticas para enfrentarla serán estudiados por mucho tiempo desde diferentes disciplinas científicas. Los “efectos” sociales de los confinamientos son algunos de esos tantos temas que obligarán a un abordaje amplio y comprensivo que se escape de los posicionamientos morales e ideológicos que acompañaron las interpretaciones hegemónicas mientras los fenómenos ocurrían y la propagación del SARS Cov-2 producía sus consecuencias letales en

todo el mundo. Este artículo está decididamente lejos de realizar algún tipo de abordaje integral de esos “efectos” sociales, por diferentes razones. En principio, el análisis presentado no surge de un estudio sistemático sobre la pandemia, ya que los resultados provienen de los ajustes realizados a un proyecto de investigación cuyo desarrollo se alteró de manera abrupta durante la pandemia. Por otro lado, este artículo es un análisis de cómo el *running* fue moralizado y estereotipado en términos de clase durante la primera etapa de los confinamientos que se decretaron en la Argentina el 20 de marzo de 2020.

Editado por G. Sora

Recibido 21-08-2023. Recibido con correcciones 02-07-2024. Aceptado 23-10-2024

Revista del Museo de Antropología 17 (3): 193-204 /2024 / ISSN 1852-060X (impreso) / ISSN 1852-4826 (electrónico)
<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/antropologia/index>

IDACOR-CONICET / Facultad de Filosofía y Humanidades – Universidad Nacional de Córdoba - Argentina



Este texto se concentra en el modo en que los *runners* fueron juzgados por funcionarios estatales y referentes afines del campo cultural en la Argentina en los primeros meses de los confinamientos. Los corredores fueron transformados en “demonios sanitarios” durante la pandemia, en el marco de una reactualización de las habituales estereotipaciones de los *aficionados* a este y otros estilos de vida, muchas de ellas en clave clasista. Por supuesto, los corredores no fueron las únicas víctimas propiciatorias (Girard, 1991) colocadas como responsables principales (o potenciales) por la propagación de un virus respiratorio con una excepcional capacidad de infección. Entre las acusaciones pendulares se detectaron momentos (como el inicio de la pandemia) en los que fueron los sectores “privilegiados” que “traen el virus del exterior” aquellos identificados como “demonios sanitarios”. Posteriormente, cuando el proceso de vacunación se encontraba avanzado fueron los adolescentes y jóvenes aquellos actores señalados como el principal peligro para “frenar al virus”. En este caso, fue durante el mes de junio de 2020 cuando los corredores pasaron de forma vertiginosa a dominar la agenda pública a partir de las imprecaciones que diseminaron funcionarios del gobierno nacional y de la Provincia de Buenos Aires y sus voceros formales e informales.

El *running* experimentó, durante la pandemia, un impacto considerable que no sólo se reduce a la interrupción abrupta de la propia actividad de correr. El decreto presidencial que estableció el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) en marzo de 2020 eliminó cualquier posibilidad de realizar la actividad al aire libre, en el marco de un contexto internacional en el que algunos países también lo prohibían y otros lo permitían y hasta recomendaban enfáticamente su continuidad. En este artículo no se analizarán las concepciones particulares de salud que definieron las políticas implementadas en gran parte del planeta sino que sólo se describirán algunos de los correlatos experimentados en la Argentina. Precisamente, en nuestro país, los corredores fueron actores de notoria presencia en la agenda pública, sobre todo en los primeros meses de pandemia. Ante la imposibilidad de practicar el *running* y algunas demandas de aperturas para “salir a correr” que tomaron estado público, circularon discursos que, además de reponer un habitual estereotipo negativo de clase media, se fortalecieron con el agregado de que los corredores pasaron a ser definidos como una de las principales amenazas para la salud colectiva. Ello cobró su punto más álgido cuando en el mes de junio de 2020 el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires habilitó una franja horaria nocturna para correr al aire libre.

En este artículo se ponen en escena algunos ejemplos de esos discursos que circularon en los medios masivos de comunicación y los medios sociales, para vincularlos con

un esquema de interpretación ampliamente difundido en sectores políticos y académicos de la Argentina. En este caso, se cristalizó un consenso acerca de dos aspectos: uno sanitario y el otro más bien ético. Si por un lado el corredor era una amenaza para la salud pública (un potencial asesino para las miradas más extremas) surgía a la vez como un peligro moral: sujeto egoísta de clase media que desde su interés autocentrado, típico individualista del paradigma neoliberal, sabotea la salud colectiva y el valor moral superior de “salvar vidas”. Por ello es que se toman de manera principal las declaraciones públicas de funcionarios del gobierno nacional (en los medios masivos de comunicación y en las redes sociales) que hicieron foco en los *runners*, junto con artículos publicados en medios afines como *Página/12* y *El Cohete a la Luna*. Allí, se replicó la agenda y las claves de interpretación de los principales voceros gubernamentales, ya que los corredores fueron presentados como reservorios de actitudes egoístas típicas de una “clase media” antipopular y sin capacidad de empatía, como principal peligro para la salud colectiva. En consecuencia, el objetivo central de este artículo consiste en evidenciar las severas limitaciones que enfrentan las búsquedas de esta clase de regularidades clasistas como claves de explicación y comprensión de la sociedad. Por ello es que se desarrollan los usos del concepto de clase (media) que suelen aplicarse al *running* como estilo de vida y también para describir a sus *aficionados*. De esa manera, se busca objetivar un sentido común (también académico y político) que, montado en determinados *a priori*, no sólo tiende a naturalizar una supuesta pertenencia de clase para quienes optan por ese estilo de vida, sino que además conlleva un marco de evaluación e interpretación sobre esa “clase media”.

Este artículo forma parte de la etnografía del *running* en la Argentina contemporánea que comenzó en 2016 (Gil, 2021), y en la que progresivamente se han ido incorporando nuevas inquietudes analíticas y estrategias metodológicas a medida que el terreno va ofreciendo dimensiones problemáticas que producen resonancias en el investigador. Las labores etnográficas se han concentrado en un amplio número de actividades, como participaciones en carreras en diversos lugares del país, observación de las competencias, además de sesiones de grupos de entrenamiento en la ciudad de Mar del Plata. Una parte de ese trabajo de campo consiste en compartir la misma actividad que los sujetos de estudio: corriendo. De esa forma, tanto en entrenamientos como en carreras, el etnógrafo experimenta el mismo esfuerzo físico de los corredores y además se expone a las situaciones cotidianas de quienes abrazan la pasión por correr como un estilo de vida (Gil, 2020a). Pero las etnografías de nuestros mundos contemporáneos se caracterizan por presentar desafíos constantes, que obligan a poner en práctica recursos metodológicos cada vez más sofisticados y elaborados. En efecto, “la

etnografía necesita funcionar de manera diferente para entender un mundo fluido o en red" (Law, 2004: 3). Así es que, por ejemplo, una etnografía multisituada de estilos de vida contemporáneos impulsa a que se plantee la necesidad de desarrollar una etnografía digital (Boellstorff, 2012). O que esa etnografía acredite un alto componente de datos e interacciones virtuales, dado el peso que en este caso tienen las redes sociales en la construcción, difusión y durabilidad del *running*.¹ En ese sentido, la antropología digital "remite al estudio etnográfico de las culturas digitales, pero también se refiere al desarrollo y la aplicación de metodologías digitales para mejorar la investigación etnográfica" (Born y Haworth, 2017: 70). Precisamente, la mayor parte de este artículo está construido a partir de datos obtenidos en las redes sociales y portales informativos de medios gráficos nacionales entre los meses de abril y junio de 2020, cuando los corredores se transformaron en actores centrales de la agenda mediática y política. En el contexto del ASPO, redes sociales como Twitter, Facebook e Instagram se convirtieron en arenas privilegiadas para relevar debates públicos, intervenciones de actores notorios, además de la circulación informativa canalizada en esas plataformas. Por ende, posteos de funcionarios del área de salud de la Nación y de la Provincia de Buenos Aires y de académicos de notoriedad intelectual que asumieron la defensa pública de la política oficial, además de toda editorial y polémica que involucrara a los corredores en ese lapso de tiempo, conforman la mayor parte del material empírico considerado.

Estereotipos, *running*, academia y política

Desde el sentido común se asume que el correr como un estilo de vida, a diferencia del atletismo (Gil, 2021), es protagonizado casi exclusivamente por sectores medios y medios altos de la sociedad argentina. Desde ciertas aproximaciones primordialistas se suelen elaborar esbozos de explicaciones causales que apelan a una serie de características que naturalizan la apropiación de una forma de ocio vedada a los "sectores populares". Así es que, en esas descripciones, en muchas ocasiones avaladas desde el campo académico, se asume que los corredores son mayormente sujetos de ingresos altos que les permiten estar a la moda en materia de indumentaria, pagar las inscripciones a las carreras (algunas bastante onerosas), viajar para correr y, sobre todo, disponer del suficiente tiempo libre para entrenar periódicamente y asistir a carreras dentro y fuera de sus lugares de residencia. Todos estos indicadores son complementados con la apelación a un supuesto habitus

¹ En toda esta compleja construcción del colectivo *runner*, las redes sociales y su poderosa expansión no sólo marchan en sintonía con esta estilización de la vida sino que se configuran como canales de expresión relevantes de la espectacularización y las estrategias de definición personal que conllevan estas prácticas. Para estos estilos de vida "en esos discursos autorreferenciales, justamente, la experiencia de la propia vida gana forma y contenido, adquiere consistencia y sentido al cimentarse alrededor de un yo" (Sibilia, 2008: 38).

(Bourdieu 1988) de clase que organiza los esquemas de percepción y apreciación de las prácticas y proporciona una guía para la acción en torno a prácticas de consumo, criterios estéticos y valorizaciones morales.

Sobre todo a partir de Walter Lippmann, el concepto de estereotipo ganó cierta centralidad en las ciencias sociales, en tanto "imágenes en nuestra cabeza" (Lippmann, 1922: 25) que suelen simplificar, distorsionar y eventualmente dañar a aquellos que son alcanzados por esta clase de generalizaciones cuando se transforman en juicios negativos y sin matices (Dennis, 2011). Ya en las investigaciones de Lippmann se desprende que las observaciones y representaciones de los individuos no se derivan mayoritariamente de sus experiencias directas y de la realidad exterior. En tanto generalizaciones un tanto burdas, los estereotipos adquieren una potente validez para los no iniciados, que suelen emplearlos para intentar comprender fenómenos que apenas conocen superficialmente. No resulta demasiado extraño que los estereotipos permeen no sólo los discursos políticos sino los de la propia academia. Estas fáciles estereotipaciones que se proyectan sobre la "clase media" en su conjunto en ocasiones encuentran al *runner* como uno de sus tantos exponentes, en este caso sumamente visibles por su masividad y sus peculiares estrategias de presentación personal, ya sea por la indumentaria o la exposición constante en las redes sociales. La amplia variedad de diseños y colores de la indumentaria y equipamiento que utilizan los corredores forma parte de la normalidad urbana de nuestra contemporaneidad. En efecto, esa estética *runner* constituye una dimensión de relevancia dentro de este estilo de vida, por lo que puede advertirse con cierta facilidad un *look runner* que trasciende el momento del ejercicio físico o de los preparativos. A partir de datos fragmentados de estas características suelen fluir lineales interpretaciones de sentido común que destacan el carácter superfluo y *careta*² del fenómeno, protagonizado por personas frívolas más preocupadas por la apariencia y la indumentaria que por otro tipo de valores (Gil, 2020b).

Además, al *running* se lo asocia en la Argentina con una noción particular de *meritocracia*³ que se ha instalado en sectores intelectuales y políticos. En efecto, la *meritocracia* ha sido vinculada a un culto del individualismo y al *self-made man* que no haría

² Categoría nativa aplicada en la Argentina a aquellas imposturas orientadas a fingir comportamientos y adhesión a valores legitimados socialmente. Es empleada en la actualidad por amplios sectores sociales para señalar cómo se expresa la hipocresía (por ejemplo, en asuntos de moralidad), pero en su acepción más extrema remite a la defensa de una ética del exceso y la rebeldía frente a una ética de la represión.

³ Una publicidad de 2016 de una multinacional automotriz apelaba de manera un tanto forzada a la noción de *meritocracia* mientras mostraba algunos supuestos ejemplos virtuosos, entre los que resaltaba un corredor desplegando toda su ética del esfuerzo y la autosuperación. El spot publicitario estimuló toda una serie de intervenciones de intelectuales sobre la *meritocracia*, a la cual rechazan por considerarla una categoría que esconde las condiciones de desigualdad.

más que encubrir un amplio espectro de desigualdades sociales. Por ende, la *meritocracia* sería una coartada moral e ideológica de sectores medios y medios altos que postulan como logros personales aquello que se explica por otras variables, como el origen de clase y el capital social heredado de los actores en cuestión. Ese sentido común académico exige que se muestre a los *runners* como una consecuencia lineal de las políticas neoliberales, de los afanes desenfadados de distinción de sectores medios y medios altos, caracterizados además por un individualismo extremo, y carentes de cualquier atisbo de solidaridad social. En cierta medida, también se exige implícitamente que se destaque un supuesto culto superficial por los ideales estéticos del cuerpo bello, un sentido de extrema competitividad y una representación cabal de esa *meritocracia* que se considera nociva. Estas lecturas no constituyen un rasgo particularmente argentino. Artículos que ya fueron publicados en el exterior recibieron cuestionamientos de los revisores por no ser suficientemente “críticos” del *running* o por no problematizar en mayor medida la dimensión de clase social.

De manera un tanto paradójica, el *running* dejó hace tiempo de ser una actividad marcada, en el sentido de Zeruvabel (2018). Su crecimiento estadístico y la legitimidad de su práctica lo han normalizado en alto grado. Sin embargo, por el modo en que se visibiliza en el espacio público, por su indumentaria y por su estilo de vida móvil, no puede disponer jamás de esa invisibilidad cultural de lo que se *da por sentado* (Zeruvabel, 2018). Por el contrario, su carácter extraordinario, aunque previsible, se pone en evidencia en cada performance, como los entrenamientos y, sobre todo, las carreras. Al ser identificado con sectores sociales favorecidos, el corredor es marcado como portador de privilegios de clase y de determinados hábitos *snoobs* dictados por modas transnacionales. No pocos *runners* son conscientes del modo en que son interpelados por públicos más amplios. En el marco de una conversación grupal durante una de mis primeras experiencias de campo, una *runner* y en aquel entonces editora de una publicación especializada en competencias atléticas, se autocompadecía: “Nos dicen que somos una secta”. Ella exponía así ante el etnógrafo su molestia ante uno de los tantos estigmas que suelen recibir los corredores por parte de los no iniciados en la Argentina. En esa línea, suelen ser identificados desde el sentido común como una “tribu urbana” cerrada, con códigos restringidos y un comportamiento obsesivo que involucra al entrenamiento, la comida, los tópicos de conversación, los criterios de consumo y hasta la sociabilidad cotidiana. Resulta habitual escuchar en cualquier conversación cotidiana condenas hacia el *running* que giran en torno a un amplio conjunto de motivos narrativos. Ello también ocurre entre mis relaciones cercanas, incluso con amigos que no se esfuerzan en ocultar que detestan a los *runners*. Uno de ellos no pierde oportunidad, cada

vez que surge el tema, para lanzar diatribas contra los corredores “que se la creen. Ponen cara de serios como si estuvieran ganando los Juegos Olímpicos y son unos *fantasmas*”. O José, quien de manera periódica se queja de los *runners* que en zonas del macrocentro de Mar del Plata “se te cruzan a mitad de la calle cuando vas en auto porque están haciendo *pasadas* y encima te ponen cara fea. ¿Quiénes se creen que son? ¿Los dueños de las calles?”. Tampoco es extraño que en redes como X (antes Twitter) se expresen en clave humorística contra el *running*, incluso en tiempos de la pandemia del COVID-19, cuando un tuitero sumamente activo en las redes en temas políticos, planteó luego de los confinamientos extendidos en diversos países, que era “gran momento del planeta para deshacerse de los *runners* para siempre”.

El Estado y los *runners*

Uno de los más evidentes intentos de tomar las ligeras conexiones descriptas más arriba como una ley social de la Argentina egoísta, clasista y carente de empatía, se produjo durante los tiempos del ASPO en el marco de la crisis global por la pandemia del COVID-19. Desde el gobierno nacional y también desde el Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires se asumió una batalla contra los corredores, que habían sido autorizados por el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para ejercitarse en horario nocturno. Nada más elocuente que un tuit del entonces vocero del Presidente de la Nación cuando algunas voces tímidas planteaban la necesidad de descomprimir la rigidez del confinamiento decretado por el gobierno nacional: “El aspiracional argento es encantador! En tuit se ve clarito! Son todos *runners* y empresarios clamando por su restringida libertad individual” (Leandro Santoro, 11 de abril de 2020). En esa misma línea, cualquier reclamo sobre la posibilidad de que se permitiera actividad asociada con sectores privilegiados (golf, *running*, deportes náuticos) no sólo recibió impugnaciones clasistas sino también condenas públicas, hasta de las altas magistraturas del Estado. Por ejemplo, una de las más importantes funcionarias (y la de mayor visibilidad mediática) del Ministerio de Salud de la Nación, también realizó su aporte en esta cruzada oficial contra el *running*, cuando se refirió a la molestia que experimentaría un albañil sin posibilidad de trabajar mientras veía a un corredor disfrutando de su afición.

Particularmente durante el mes de junio de 2020, el *running* estuvo en el centro de la agenda y fue una excelente excusa para la reactualización de este tipo de interpretaciones y también para otro tipo de objetivos, como cuestionar la política sanitaria de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. A los fines de este artículo, se dejan de lado estas disputas políticas y se coloca el énfasis en el esquema de interpretación que quedó plasmado en dos textos de opinión aparecidos en dos medios encolumnados de modo explícito

con el gobierno nacional y provincial, *Página/12* y *El Cohete a la Luna*. Por supuesto, este artículo está complementado por una intensa etnografía digital sobre el colectivo *runner* (Gil, 2022) pero que en este periodo se concentró en las controversias en las redes sociales (de manera particular en Twitter) suscitadas en torno al *running* entre funcionarios públicos, actores políticos, académicos y periodistas. En efecto, durante los primeros meses de la pandemia, las interacciones digitales de tono polémico sobre los alcances del confinamiento decretado por el gobierno nacional alcanzaron una notable visibilidad y persistencia (Ellison *et al.*, 2015). Internet y los medios sociales permiten localizar con facilidad información antes invisible a terceros, ya sea sus pasatiempos, posicionamientos políticos u opiniones, correspondan a personas públicas, amigos, conocidos o afines. Además, las comunicaciones de los usuarios quedan registradas y se conservan en su forma original para que sean accesibles y visibles luego y en cualquier lugar, lo que permite, por ejemplo, analizar las "evoluciones" de usuarios de redes sociales, ya sean de personas con verdaderas identidades o *fakes* a lo largo del tiempo, desde su apariencia personal hasta sus opiniones políticas. Por otra parte, las redes sociales favorecen la asociación entre individuos (amistades, *seguir*, *ser seguido*) bajo diferentes patrones de relación (recíprocos, asimétricos), pero los usuarios también se vinculan con informaciones, instituciones, empresas, organismos de gobierno, etc., además de que acceden a interpretaciones y argumentaciones propagadas por individuos puntuales (personajes públicos, *influencers*, etc.), actores institucionales, entre muchas otras posibilidades.

En el caso puntual que nos ocupa, a tal punto llegó la escalada anti-*runner* que un segmento informativo en el canal televisivo América resumió el discurso oficial en una serie definida de tópicos que se publicaron en una infografía el 16 de junio de 2020. El informe sintetiza en un gráfico los epítetos que estaban recibiendo los corredores en aquellos días: "porteño", "cheto", "garca", "individualista", "frívolo", "histérico", "anti-cuarentena". Una noticia internacional también ayudó a adornar el clima local de virulencia anti-*runner*. Si bien el hecho ocurrió en Gran Bretaña, *El Destape Web* fue muy enfático el 10 de junio sobre la noticia de que "Un *runner* pateó a un cisne bebé y le provocó daño cerebral". En la bajada, se aclaró que "el hecho ocurrió en Inglaterra y despertó la indignación por tratarse de una situación en plena luz del día con un animal indefenso". Pero las filípicas más elocuentes contra este estilo de vida se plasmaron en los mencionados *Página/12* y *El Cohete a la Luna*. En este último medio digital, un doctor en ciencias sociales de activa participación en revistas culturales publicó el 21 de junio de 2020 un artículo titulado "La ideología *runner*". El texto navega entre referencias cinematográficas (principalmente *Forrest Gump* y *Carrozas de Fuego*) y literarias (sobre todo

Charles Baudelaire) para colocar al *running* como una práctica vacía de sentido, protagonizada por sujetos que se encuentran "apelmazados en el discurso único". Por supuesto, el autor de la nota liga al corredor de manera directa con "la figura del «micro-emprendedor» –agitada durante la era Macri". En un intento permanente de ironizar y burlarse de este colectivo se sirve del personaje de Forrest Gump para enfatizar la apoliticidad del corredor como un estigma moral recurrente. Dado que "su figura atraviesa todas las épocas siendo un testigo circunstancial" la falta de compromiso del *runner* es contrastada con los corredores "emancipatorios" de *Carrozas de Fuego*, la historia de aquellos velocistas británicos de los Juegos Olímpicos de París en 1924. En un ejercicio de extrema e inverosímil libertad comparativa define al atletismo olímpico de hace 100 años como "la pre-historia del movimiento *running*", para luego sostener que "ese correr tiene poco parecido con el actual trote urbano; eso era arrojado hacia adelante corto y explosivo en contraste con el tránsito perpetuo del *runner*". Ocasionalmente descriptos los corredores como un "malón encefaleado" o "como zombis y alienados de diversos tipos", el autor no pierde ocasión en burlarse de este estilo de vida definido como un "nonsense", por sus "sus hidalgas poses en Instagram de poder no usar barbijo". Así, apoyándose en una canción compuesta por una conductora radial de recurrente presencia en las redes sociales, replica a la perfección la transformación de los corredores en la principal amenaza sanitaria en el marco de la pandemia:

"Por los runners/ vamos a contagiarnos todos y retroceder una fase/Te deseo que cuando te sirvan la cena/La carne esté en mal estado/Y te agarre salmonela/Por tu culpa la curva subirá en Capital/Maldito runner/Te detesto runner (...)"

El autor también se apoya en un zócalo del canal de noticias C5N, igualmente afín al gobierno nacional: "Los runners desataron un aluvión político" para concluir en una declaración del gobernador de la provincia de Buenos Aires como una cita de autoridad: "El límite a la libertad individual es si uno puede contagiar a otra gente". En definitiva, concluye en que el *running* configura una "épica monomaniaca".

El 25 de junio de 2020, en un artículo publicado en *Página/12*, el autor (escritor y periodista) cargaba contra:

"el logro psicopolítico más sorprendente del neoliberalismo: haber conseguido que cada persona se sienta un individuo, exclusivo y responsable de su destino, independiente de todo sometimiento laboral colectivo y dueño de sus decisiones personales como si no existieran los otros o los fenómenos externos a su voluntad pero capaces (aunque él no lo crea)

de alterar la realidad de su entorno e incluso los diseños más privados de su intimidad”.

El texto describe a los *runners* como tendientes a ser “anticuarentena” y encuadra a esa aparente desobediencia en un esquema paradójico de genuina sumisión al poder real:

“los «belicosos» anticuarentena pertenecen a las huestes de la obediencia aunque ellos crean todo lo contrario: les enseñaron a pensar que cuando el Estado aplica alguna medida que los afecta los está reprimiendo. Y bien, esa es la divisa que utilizan ahora. Cuidar la salud en lo posible mediante formas de aislamiento social es el mejor camino para que el gobierno democrático de Alberto Fernández, por ejemplo, llegue a ser Venezuela. Es una aberración insostenible, pero así piensan los obedientes”.

Más allá del ejercicio peculiar de leer los pensamientos íntimos de las personas, el mismo escritor tampoco dejaba de repudiar el uso en inglés del término *runner*, “como si decirlo en castellano -corredor- fuera vulgar y no reflejara una cierta jerarquía social venerable”. Sin embargo, a la par de que admitía su incompreensión por “la entusiasta compulsión de la gente a salir a la calle a correr” no por ello renunciaba a despreciar esa “etiqueta penosa porque, en sí, el acto de correr está lejos de ser insano, salvo cuando se lo utiliza poco menos que ideológicamente”. Y al final del artículo, formulaba una predicción (o al menos una expresión de deseo) en términos similares a las interpretaciones hegemónicas de la ciencia social argentina sobre este tipo de estilos de vida:

“es indudable (eso espero) que en la medida que superamos la pandemia y el neoliberalismo empiece a resquebrajarse o a hacerse polvo, dejaremos atrás este modelo de la obediencia (disfrazada de lo que no es), pero sin la necesidad de convertirnos en «runners»”.

El dilema de la “clase media” como categoría analítica

Más allá de la mayor o menor sistematización de estudios sobre la “clase media” en la Argentina, y su incipiente, aunque limitado, desarrollo en los últimos años, no parece nada casual que la antropología social no se haya concentrado en mayor medida en estos sectores. Y ello no se circunscribe a este país, ya que la tendencia dominante entre los antropólogos sociales es diseñar estudios “hacia abajo”, es decir, “entre personas con menos poder, prestigio y recursos materiales que ellos mismos, en parte quizás porque simpatizaban más con ellos y querían hablar por ellos,

en parte ciertamente porque estas personas eran más accesibles” (Hannerz, 2016: 5). Como señala Guano (2017) las influencias del marxismo en la antropología urbana llevaron a colocar el énfasis en “la difícil situación de los pobres y los marginados. Si bien este tipo de estudios tiene el mérito de arrojar luz sobre las dinámicas de opresión y resistencia, también reitera la invisibilidad antropológica de las clases medias” (Guano, 2017: 5). Las mayores inquietudes registradas recientemente hacia la “clase media” parecen mostrar una frecuencia elevada de estudios laterales, de grupos “paralelos” al contexto de producción del investigador. Por el contrario, las indagaciones profundas sobre los colectivos de poder son todavía más extraordinarias. En un abordaje más general sobre la problemática de las clases sociales en la antropología, Fonseca (2005) planteaba hace casi dos décadas su “incomodidad” frente a un contexto en el que las investigaciones “orientadas por el recorte de clase han quedado pulverizadas” (Fonseca, 2005: 117), en contraste frente a la tematización en torno a problemáticas como la etnia, el género o la nación. Aunque la reflexión apuntaba a la subsunción de los sectores populares en una difusa idea de cultura de masas, planteaba la relevancia de concentrarse en el universo de experiencias concretas de los sujetos de estudios que permita dar cuenta de modos de vida situados. Ello es presentado en contraste con un tipo de abordaje “que ignora las ambigüedades del sistema o que reduce el abanico inmenso de personajes a uno o dos modelos formularios” (Fonseca, 2005: 131).

Ya algunas investigaciones en la Argentina (Visacovsky y Garguin, 2009) han señalado el grado de dificultad conceptual que implica referirse a la clase social o a las clases medias, dada su notable imprecisión, principalmente debido a la marcada heterogeneidad de prácticas de los sectores ubicados bajo ese rótulo, de sus condiciones económicas, estilos de vida, pautas de consumo y relación con el mercado, entre muchas otras variables posibles. Según Furbank (2005), “la clase social resulta de un proceso de clasificación/delimitación que es, al mismo tiempo, un modo de evaluación moral” (Furbank, 2005: 18-19). El mismo autor afirma que las terminologías de clase suelen remitir a “epítetos”, es decir, a juicios de valor que implican una forma de entrar en relación con otros sujetos sobre la supuesta posición en la escala social. Ni siquiera considera que las clases existan sino que se trata de “ficciones o marcos imaginarios que las personas proyectan sobre los demás y cuya necesidad diferirá según la persona que haga la proyección y las razones que la impulsen a hacerla” (Furbank, 2005: 31). Más en detalle, Furbank señala que “todas estas expresiones están a grandes rasgos en el mismo nivel: son pinturas de una sociedad tomadas desde un ángulo particular y sólo son significativas en esa perspectiva” (Furbank, 2005: 49). En esa lógica, el atractivo que provoca el empleo generalizado de clase como categoría analítica es que sugiere

"una estructura visible y de indiscutible existencia –la existencia de muchas capas sociales superpuestas como el basalto, la arcilla y el carbón- que sólo le encomienda al estudioso analizar de qué están hechas esas capas y cómo llegaron a aparecer en el lugar donde se encuentran y en el orden en que están" (Furber, 2005: 103-4).

En consecuencia, la validez de "clase social" como categoría nativa y como categoría descriptiva no necesariamente se replica cuando se pretende usarla como categoría analítica. A ello se le suma una marcada tendencia a naturalizar de tal manera la categoría clase social (y sobre todo la "clase media"), que se transforma en autoevidente por lo que deja de ser necesario fundamentar su uso, tanto para explicar procesos sociales complejos como para denotar colectivos. Francis Korn (2015) plantea que la problemática de clase social, y en particular la clase media, son ejemplos extraordinarios de cómo se crean ficciones de objetividad cuando son mayormente excusas para canalizar prejuicios. Y su utilidad puede apenas justificarse como una aproximación descriptiva, y no como un "demiurgo de reacciones homogéneas, creadora de parejas conciencias, escultora de ideologías concurrentes" (Korn, 2015: 22). Indicadores como la ocupación, la posesión de propiedades inmuebles (desde casas hasta campos) o el grado de educación alcanzado se colocan como criterios definitorios que naturalizan una pertenencia a una determinada clase social, que además opera como demostración de un modo de pensar, actuar y sentir. De esa manera, el concepto de clase social nos enfrenta al problema de la normatividad y las distintas variantes de etnocentrismo que tanto daño provocan en las ciencias sociales.

En efecto, la búsqueda de criterios "objetivos" de clasificación en ocasiones conduce a confundirlos con las categorías de autoadscripción, tornando borrosa las fronteras entre las clasificaciones nativas y los intentos de clasificación experta. Ello se advierte, por ejemplo, en obras colectivas cuyas contribuciones refieren a procesos y fenómenos diferentes, apenas concatenados por un uso opaco y hasta contradictorio del término "clase media". Y cuando se pretende otorgarle al concepto "una potencialidad explicativa digna de un anticiclón" (Korn, 2015: 20), los problemas analíticos se acrecientan. De esta forma, se configura una confusión conceptual en la que se toma alternativamente a la "clase media" como una categoría descriptiva, como una categoría analítica o como una categoría de los actores. Entonces, una de las tantas prácticas "correctas", (Becker, 2009)⁴

⁴ En *Trucos de oficio*, Becker plantea la distinción entre lo "correcto" y lo "bueno" al colocarlos como términos "enemigos". Lo correcto, remite a "las cómodas rutinas del pensamiento que la vida académica promueve y respalda" (Becker, 2009: 22). Como superación, Becker plantea una serie de "trucos", definidos como "modos de dar vuelta

consiste en clasificar a los actores en estratos sociales a partir de descripciones superficiales del capital cultural y económico que se supone que poseen, para luego proponer correlaciones rígidas, normativas y profundamente etnocéntricas. Como señalan Vargas y Viotti (2021), en referencia a diferentes investigaciones de alto impacto en la Argentina, en ocasiones prima un "utilitarismo" que habilita explicaciones universales y descontextualizadas en los que valores, decisiones, comportamientos, ideologías políticas, opciones de consumo, formas de organización familiar aparecen como un epifenómeno de la posición asignada en la estructura social y en las que, por ejemplo, las lógicas del mercado o "el neoliberalismo" no producen más que efectos lineales. Así es que, a partir de correlaciones estadísticas, Atkinson (2017) plantea que en el Reino Unido "la clase social sigue siendo crucial a la hora de determinar las trayectorias vitales y las decisiones de las personas" (Atkinson, 2017: 188).

Algunas investigaciones, tanto en la Argentina como en otros lugares del mundo, son reveladoras sobre las formas situadas en las que se construyen los imaginarios de clase media. Sin embargo, el modo en que esos resultados son, en ocasiones, empleados para formular explicaciones sumamente abarcadoras sobre esa "clase media", aportan mayor confusión conceptual para la comprensión de las sociedades. Es así que, por ejemplo en la Argentina, se ha planteado que la identidad de clase media surgió en las primeras décadas del siglo XX como un instrumento de opresión y desigualdad, dentro de un proyecto consciente de las elites gobernantes para "«ordenar» la sociedad argentina" (Adamovsky, 2010: 53) De ese modo, la estrategia consciente de los "poderosos", guiada por el principio "divide y reinará", habría sido postular una identidad de "clase media" como una estrategia de conservación del orden social y de socavamiento de "las intensas solidaridades populares que venían tejiéndose" (Adamovsky, 2010: 58). En esta visión conspirativa de la historia, nociones tales como el ciudadano "respetable", la "buena presencia", el "empleado perfecto" o incluso la simple aspiración al progreso económico, habrían sido recursos que las elites emplearon para servirse de un sector intermedio (que todavía no existiría como categoría identitaria) para desplazar material y simbólicamente a las clases trabajadoras. En consecuencia, la identidad de "clase media" no se formaría en oposición a la "dominante", por lo que cultivaría un profundo individualismo y un contenido "antiplebeyo", además de otros rasgos estilísticos como la "obsesión" por la "apariencia exterior y por parecer «educado»" (Adamovsky, 2010: 116).

Similar enfoque puede encontrarse en diferentes

las cosas, de verlas bajo otra luz para crear nuevos problemas de investigación" (Becker, 2009: 22). Los trucos exigen "más trabajo que hacer las cosas de manera rutinaria y sin pensar" (Becker, 2009: 22).

estudios de la “clase media” en otros contextos nacionales que también se concentran en analizar los discursos sobre la clase media, es decir, en la construcción de imaginarios de clase. En el caso de Corea del Sur, Yang (2017) le adjudica al Estado, durante el gobierno autoritario de Park Chung-hee (1963-1979), la formulación de una categoría específica de la “clase media”, con la colaboración de intelectuales, los partidos políticos y los medios de comunicación, en torno a un consenso de promoción de la modernización nacional. Ese nuevo imaginario de clase media se asoció a valores como la disciplina y la productividad, que podrían lograrse a través de la educación y el trabajo duro, todo con el objeto de mejorar su nivel de vida y adoptar un estilo de vida “moderno”, en contraste con el campesinado, “atrasado” y “tradicional” (Yang, 2017). Esa misma clase media fue concebida como una reserva de la identidad nacional, de una nueva “cultura” coreana que no se postrara ante la occidentalización, sospecha lanzada contra la “clase alta”. Pero la “clase media” fue también concebida como freno para la propagación del comunismo de los países vecinos, en este caso ante el temor por el eventual comportamiento de las “clases bajas, pobres e incultas” (Yang, 2017: 40).

Más allá del análisis de estos discursos hegemónicos, la tentación de pasar del plano del imaginario en donde la noción de “clase media” es “un producto del discurso dominante” (Yang, 2017: 60), al plano de la realidad socioeconómica, parece ser demasiado alta. La “clase media” se va transformando en muchos textos en un recurso interpretativo para objetivos de mayor amplitud, como criticar al capitalismo contemporáneo en general y al demonio “neoliberal”. Por momentos objeto de discurso, en ocasiones un fragmento descriptivo del tejido social y otras circunstancias un heterogéneo conglomerado de ciudadanos que apelan a esa autoidentificación, los actores sociales de “clase media” parecen estar condenados a ser objeto de creativos y audaces ejercicios hermenéuticos. Al navegar entre dos opuestos polares, entre el progreso (símbolos de la modernidad, el desarrollo y la prosperidad de un país) y la conservación del orden (antipopular, racista y clasista) seguirán siendo el blanco ideal para ejercicios de interpretación que exceden a estos actores tan frecuentemente definidos por la negativa -ni ricos ni pobres- y carentes de “conciencia de clase”.

La adopción irreflexiva de estos imaginarios de clase constituye un vehículo propicio para operacionalizar prejuicios que las imposturas académicas validan de modo constante. Así, se desemboca en ejercicios de tosquedad clasificatoria sostenidos en una ficción de objetividad para conceptualizar la estructura de las sociedades. Esta tosquedad clasificatoria conduce a englobar dentro de la “clase media” a deportistas *aficionados* como los *runners*, sin distinguir, por

ejemplo, entre aquellas superelites móviles (Elliott y Urry, 2010) que repiten cada año media docena de viajes transoceánicos para correr las *majors*,⁵ suboficiales del ejército, techistas, gerentes de empresas, albañiles, trabajadores autónomos, docentes, abogados, comerciantes, arquitectos o investigadores del CONICET que eventualmente integran un *running team*.⁶ Además de estos problemas teóricos, las condenas hacia la clase media denotan un abordaje normativo y etnocéntrico que obtura la posibilidad de profundizar en procesos históricos y dinámicas socioculturales del presente y del pasado que están juzgados *a priori*. Entonces, como un claro ejemplo de lo “correcto” (Becker 2009) en variados ámbitos académicos, si esas estigmatizaciones se aplicaran a ciertas minorías (étnicas, religiosas, sexuales) o a los sectores económicamente excluidos, serían denunciadas corporativamente como flagrantes actos de discriminación y tal vez dispararían una condena pública y colectiva, e incluso judicial.⁷ Aquí, “se plantea la cuestión de saber hasta qué punto el etnólogo hace de los sujetos de estudio la fuente de su identificación, el vector de su diferencia en el universo académico que construye su disciplina” (Bellier, 2008: 69). Además, los abordajes bajo esas perspectivas clasistas pierden de foco la heterogeneidad de quienes podrían ser ubicados dentro de una “ancha, prolífica, multiforme, inescrutable «clase media»” (Korn, 2015: 25-6). Al operar como un “constructo” (Korn, 2015: 32) que se sostiene en un “«sistema latente» de estratificación” (Korn, 2015: 32) la categoría clase media permite colocar en un universo común a actores sociales que pueden ir desde profesionales

⁵ Elliott y Urry (2010) enmarcan a estas superelites en un mundo global que posibilita una constante movilidad, en contraste con la inmovilidad de otros sectores. Los programas de viajero frecuente, los accesos restringidos en los aeropuertos y demás privilegios, premios y “derechos” son algunas de las dimensiones que visibilizan el flujo de estas superelites. Se denominan *majors* a las seis maratones (42.105 metros de recorrido) más importantes del mundo, que se organizan en Nueva York, Chicago, Boston, Berlín, Tokio y Londres.

⁶ Los *running teams* son los grupos de entrenamiento en los que los corredores comparten sus rutinas periódicas de ejercicio y una identidad colectiva. En cierta medida presentan algunas analogías con los gimnasios de boxeo tal cual los caracterizó Wacquant (2006). Más allá de sus notables diferencias (formas de reclutamiento, tipo de entrenamiento, perfiles socioculturales, entre otros), ambos pueden entenderse como una verdadera “*escuela de moralidad* en el sentido de Durkheim, es decir, una máquina de fabricar el espíritu de la disciplina, la vinculación al grupo, el respeto tanto por los demás como por uno mismo y la autonomía de la voluntad” (Wacquant, 2006: 30).

⁷ En no pocas oportunidades recibí cuestionamientos, formulados como “enojos”, ante la insistencia en la relevancia de mantener el principio de simetría y no supeditar el análisis de los colectivos al lugar que ocupan en la sociedad. Bajo frases tales como “no es lo mismo discriminar o estereotipar a un mapuche que a un *runner*”, se habilita, o directamente se justifica, un eventual abordaje etnocéntrico con los “privilegiados”, ya que contarían con un capital social y recursos materiales para afrontarlo. Y en contraposición se suele aplicar un relativismo cognitivo para justificar cualquier acción de los oprimidos, así cometan violaciones grupales (Bourgeois, 2003). Esta moralización de la actividad académica asemeja la tarea del investigador con la de un predicador más interesado en señalar vicios, virtudes y en columnarse detrás de supuestas causas de redención de los “oprimidos”.

de la salud, docentes universitarios, pequeños comerciantes, empleados bancarios, funcionarios judiciales, artistas y trabajadores de la construcción independientes. Porque, en definitiva, "habrá tantos criterios para sustentar la idea de la existencia de las clases como personas las enuncien. Cada una de estas opiniones lleva consigo su propia versión sobre la cantidad y naturaleza de estas clases" (Korn, 2015: 29). Entonces, la clase social se nos aparece como un criterio autoevidente que crece en ubicuidad y al que se le asigna una poderosa capacidad explicativa a la que se le rinde culto, más allá de que refiera a entidades de dudosa existencia. Además, también es legítimo cuestionar la validez de estas clasificaciones en torno a la clase social de quienes "aun bajo condiciones análogas, actúan y piensan de modos muy disímiles" (Visacovsky y Garguin, 2021: 20). Tal vez, lo máximo que se pueda hacer es

"poner sociológicamente en relación ciertas posiciones que los propios actores o un observador puede asimilar a un ethos o un conjunto de prácticas, denominadas «de clase media», los modos en que estas posiciones son movilizadas -o no- con propósitos identitarios, políticos o morales en coyunturas específicas, y el lenguaje en el que aparecen enunciadas, postuladas, reivindicadas, contestadas, resistidas o impugnadas" (Noel, 2021: 97)

A diferencia de otros criterios legales de estratificación, como los estamentos o las castas, el sistema clasificatorio de las clases sociales basa gran parte de su éxito en su elasticidad, en una fluidez tal que en un caso puede estimarse a partir de una profesión, en otras según su nivel de ingresos, sus criterios de consumo, la elección de un club de fútbol, y hasta una afiliación política, o cualesquiera que sean los datos que un investigador prefiera para acomodarlos a sus convicciones apriorísticas. Más allá de la distancia que se ha tratado de mantener de este tipo de lecturas "correctas" (Becker, 2009) que cada vez con mayor peso caracterizan a las ciencias sociales, los primeros acercamientos y experiencias de campo con nativos del *running* evidenciaron que la aplicación de ese sentido común era escasamente representativa. En efecto, el terreno fue mostrando que era imposible caracterizar este colectivo en torno a la pertenencia de clase social de los corredores. Durante el trabajo de campo se ha podido constatar que la pertenencia de clase es mucho más inclusiva que lo que parece mostrar ese imaginario que asocia la opción por correr como un estilo de vida a los sectores medios y medios altos. Cuando comenzaron las primeras exploraciones (en un primer momento poco sistemáticas), la variable de clase social aparecía como guía de algunas de las inquietudes de acercamiento al terreno. Influenciado en parte por los propios prejuicios y las fragmentadas

sensaciones autoetnográficas, parecía por demás obvio que el *running* era un estilo de vida propio de sectores medios y medio-altos movidos por el afán de buscar distinción social. La esporádica participación en carreras, que luego se hizo más frecuente, y sobre todo las carreras "de aventura", pusieron en evidencia a un universo exótico de miles de apasionados *runners* que emprendían costosos viajes a la Patagonia argentina para participar de una carrera. En líneas generales, se pueden encontrar en las carreras y en los grupos de entrenamiento a corredores con mayores o menores ingresos, con más o menos tiempo libre y con ciertos criterios estéticos, todo ello parcialmente determinado por un conjunto muy amplio de variables que escapan al nivel socioeconómico. Este tipo de convicción *a priori* podría tener más sustento en el circuito de *trail running*, que sí requiere una inversión significativa para participar en las carreras (traslados, alojamiento, tiempo para emprender los viajes) pero que tampoco es excluyente para corredores locales (por ejemplo en las zonas cordilleranas) o grupos de entrenamiento que organizan viajes sumamente accesibles para sus integrantes. Este circuito de *trail running* sí es frecuentado por una alta cuota profesionales, pequeños y medianos empresarios, emprendedores, empleados de alta jerarquía y demás actores de elevados altos ingresos, que no se embarcan en esas "escapadas" en circunstancias extraordinarias sino que lo hacen con bastante frecuencia cada año. Sin embargo, no podría decirse que se trata de esas superelites que acumulan *majors* y carreras en lugares caros y exóticos. Gran parte de esas carreras "de aventura" se realizan en zonas de montaña, cordilleranas y precordilleranas, pero también en áreas rurales y hasta en pasajes costeros. Más allá de las correlaciones que se puedan postular en ciertos contextos sobre las características socioeconómicas de los corredores, por más sólida que sea esa eventual tendencia estadística, tampoco puede ser utilizada como una base explicativa contundente y mucho menos asegurar que es una clase social determinada la que define a un determinado estilo de vida.

Conclusiones

Como sostiene Law (2004), es importante repensar de manera constante las ideas que manejamos sobre la claridad y el rigor, sobre todo cuando nos enfrentamos a realidades vagas e indefinidas, además de cambiantes, y con realizaciones singulares según espacios geográficos, poblaciones o género, entre muchas otras posibilidades. Nuestros eventuales aportes pueden dejar de tener sentido al poco tiempo mientras nos vemos obligados a repensar las claves de interpretación empleadas y las estrategias de investigación situadas. Por eso este artículo configura, en definitiva, un llamado a no sucumbir a la enorme tentación de juzgar (moral e ideológicamente) al *otro* (que en algunos casos puede ser el *nosotros* del mismo investigador) y a postular ligeras afirmaciones de

un ambicioso alcance explicativo. Ello suele conducir a esencializaciones que, en determinado clima de ideas, pueden llegar incluso a verse celebradas desde sectores intelectuales y políticos, sobre todo cuando se condena tajantemente a sectores sociales que se encuentran bajo sospecha, como la mencionada "clase media". A la reproducción de estos esquemas de interpretación también se lo suele llamar "pensamiento crítico", invocación que tiende a transformarse en la repetición automática de un conjunto de consignas que se toman como verdades reveladas pero que carecen de sustento empírico y teórico.

El ejemplo de la "clase media" y las diatribas clasistas contra el *running* que alcanzaron tales extremos en la primera parte de la pandemia de COVID-19, se sustentan en un conjunto de generalizaciones sumamente abarcativas de un colectivo imaginado de individuos que suele carecer de un correlato empírico debidamente justificado. También las lecturas de sentido común que abordan el fenómeno y algunas voces nativas contribuyen notoriamente a cristalizar la imagen del corredor como un snob, *careta* y *concheto* típico de clase media. Esa lectura se completa con otros clichés del pensamiento nacional-popular (Sigal, 1991) que asocian a la práctica con posturas individualistas, racistas y clasistas en el marco de una vida superficial, competitiva, disciplinada y excesivamente preocupada por la apariencia.

Pero sobre todo, en este texto se alerta acerca de los peligros de abordar problemáticas tan complejas a partir de categorías evaluativas apriorísticas que, combinadas con diversas variedades de etnocentrismo y normativismo, conducen a simplificar complejos y extensos (desde lo temporal) procesos sociopolíticos. Del mismo modo, describir conjuntos de actores como pertenecientes a sectores medios, capas medias o como quiera llamárseles, también configura una estrategia válida. En efecto, la apelación a variables sociodemográficas tales como ingresos, capital social y cultural, estructuras y estrategias de consumo, constituye una labor imprescindible para comprender cualquier sociedad, sobre todo si se cuentan con datos de densidad que permitan arrojar certezas acerca de la estructura social. Sin embargo, la validez de clase social como categoría nativa y como categoría descriptiva no necesariamente se replica cuando se pretende usarla como categoría analítica. En realidad, "resta profundizar un análisis etnográfico y comparado sobre subjetivaciones, valores y modos de vida entre colectivos identificados con las clases medias" (Vargas y Viotti, 2021: 216).

En definitiva, y en sintonía con Furbank (2005), el concepto de clase media es fundamentalmente una poderosa proyección imaginaria que la academia y la política emplean para simplificar realidades más

complejas y definir un campo de afinidades e intereses en común basado en la corrección y la impostura. Todos estos ejemplos de "lo correcto" remiten a diversos procesos de estigmatización y estereotipación a los que suelen apelar las ciencias sociales. Por ello, alejarse de las cómodas rutinas de la corrección en sus diversas formas conlleva riesgos que no son menores. Esas mismas rutinas que suelen gozar de poderosas protecciones corporativas que no le harán nada sencillo la tarea a quienes, con ingenuidad, supongan que en nuestros medios académicos opera de manera unívoca un ethos científico mertoniano que premia la creatividad y el desafío a los criterios dogmáticos, que estimula el desinterés personal y que establece la propiedad colectiva de los hechos científicos. Transformado en "epíteto", la "clase media" ha sido objeto de una serie de ejercicios reflexivos que la han esencializado, más allá de que se trate de un estrato social heterogéneo, ambiguo, contradictorio y, hasta podríamos arriesgar, inabarcable. De allí que, cuando investigador proyecta sus preconiciones, termina cayendo en homogenizaciones y caricaturas que sólo sirven para comprender los prejuicios del clasificador experto. Ese discurso anti clase media –que está plenamente incorporado en cierto sentido común político del momento– coloca a este difuso colectivo como el depositario de una serie de definiciones morales y políticas que se deben condenar en oposición a una romantización sistemática de los sectores populares, descriptos como más genuinos y alejados de las imposturas pequeñoburguesas. Y en el caso del *running*, como también ocurre con los patrones de consumo, "la superficialidad no está en la actividad misma, sino en nuestros intentos de comprenderla" (Miller, 1999: 14).

Bibliografía

- Adamovsky, E. (2010). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919–2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Atkinson, W. (2017). *Class in the New Millennium The Structure, Homologies and Experience of the British Social Space*. London and New York: Routledge.
- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bellier, I. (2008). De lo lejano a lo cercano. Reflexiones sobre el pasaje de un campo exótico al campo de las instituciones políticas. En AA. VV, *De la etnografía reflexiva a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas* (pp. 53-73). Buenos Aires: Ediciones del Sol.

- Boellstorff, T. (2012). Rethinking Digital Anthropology. En H. Horst y D. Miller (Eds.), *Rethinking Digital Anthropology* (pp. 39-60). London and New York: Berg.
- Born, G & Haworth, C. (2017). Mixing it. Digital Ethnography and Online Research Methods—A Tale of Two Global Digital Music Genres. En L. Hjorth et al. (Eds.), *The Routledge Companion to Digital Ethnography* (pp. 70-86). New York and London: Routledge.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourgois, P. (2003). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- Dennis, E. (2011). Foreword. En S. Ross y P. Lester (Eds.), *Images that Injure. Pictorial Stereotypes in the Media* (pp. xi-xii). Santa Barbara: Praeger.
- Elliott, A. y Urry, J. (2010). *Mobile Lives*. New York: Routledge.
- Ellison, N., Gibbs, J. y Weber, M. (2015). The use of enterprise social network sites for knowledge sharing in distributed organizations: the role of organizational affordances. *American Behavioral Scientist*, 59(1), 103-123. <https://doi.org/10.1177/0002764214540510>
- Fonseca, C. (2005). La Clase y su recusación etnográfica. *Etnografías contemporáneas*, 1(1), 117-137.
- Furbank, P. (2005). *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Buenos Aires: Paidós.
- Gil, G. J. (2020a). Correr, sufrir, disfrutar. El cuerpo como instrumento de investigación. *Educación Física y Ciencia*, 22(3). <https://dx.doi.org/https://doi.org/10.24215/23142561e139>
- Gil, G. J. (2020b). Moralidad, virtud y emociones en el *running*. Aproximaciones etnográficas de un estilo de vida en la Argentina contemporánea. *Sociología & Antropología*, 10(2), 537-549. <https://dx.doi.org/10.1590/2238-38752020v1029>
- Gil, G. J. (2021). *Terapia de la felicidad. Etnografía del running en la argentina contemporánea*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gil, G. J. (2022). Identities and Moralities in Social Networks. A Digital Ethnography of Running in Contemporary Society. *Qualitative Research* in *Sport, Exercise and Health*, 14(4), 530-544. <https://doi.org/10.1080/2159676X.2021.1942179>
- Girard, R. (1991). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Guano, E. (2017). *Creative Urbanity. An Italian Middle Class in the Shade of Revitalization*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Hannerz, U. (2016). *Writing Future Worlds. An Anthropologist Explores Global Scenarios*. London: Palgrave Macmillan.
- Korn, F. (2015). *Clases sociales y otras confusiones en la investigación social*. Buenos Aires: Eudeba.
- Law, J. (2004). *After Method. Mess in social research*. London and New York: Routledge.
- Lippmann, W. (1922). *Public Opinion*. New York: Macmillan.
- Miller, D. (1999). *Ir de compras: una teoría*. México: Siglo XXI.
- Noel, G. (2021). La clase media como lenguaje y los lenguajes de las clases medias en tres ciudades del interior bonaerense. En S. Visacovsky y E. Garguin (coords.), *Argentina y sus clases medias. Panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales* (pp. 81-97). Buenos Aires: Biblos.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidación como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Vargas, P. y Viotti, N. (2021). Entre el esfuerzo y el confort: autonomía y cambio cultural. En S. Visacovsky y E. Garguin (coords.), *Argentina y sus clases medias. Panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales* (pp. 207-226). Buenos Aires: Biblos.
- Visacovsky, S. y Garguin, E. (2009). Introducción. En S. Visacovsky y E. Garguin (Eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos* (pp. 11-59). Buenos Aires: Antropofagia.
- Visacovsky, S. y Garguin, E. (2021). Introducción. En Sergio Visacovsky y Enrique Garguin (coords.), *Argentina y sus clases medias*.

Panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales (pp. 9-32). Buenos Aires: Biblos.

Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un*

aprendiz de boxeador. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zeruvabel, E. (2018). *Taken for granted. The Remarkable Power of the Unmarked*. New Jersey: Princeton University Press.